

encima de los especialistas de la hipica. El abuelo cobró, pidió más cerveza y se sentó a observar las carreras que seguían. Se sentía en las nubes y no le importaba el olvido al que había sido relegado por su hijo. Su esposa, una buena mujer llamada Mariluz, había fallecido el año anterior y hacía seis meses que no recibía una llamada de su único hijo.

su cabellera negra, Mariluz cortó sus trenzas y se las regaló a su marido. Nunca más usó el pelo largo, pero vistió con telas de flores toda su vida. Incluso el día del funeral, el viejo ordenó que la vistieran con un vestido de girasoles. El viejo sacudió la cabeza y acabó la cerveza de un trago. A mediodía fue a almorzar a un restaurante de comida oriental.

su candidato preferido en las próximas elecciones. Acostado en su cama, el viejo no concibió el sueño. Alucinó con el trágico vestido de flores. Lo olió profundamente, lo dejó caer sobre la cama. Se quitó el pijama y los calzoncillos. Se vistió con el vestido de flores y se miró en el espejo del tocador. Imaginó una trenza negra sobre su pecho. Descorrió las

Ordenó pollo szechuan y se sintió mejor. Recordó que Mariluz lo inició en las artes de la buena comida y no pudo reprimir las lágrimas, que secó con una servilleta mientras esperaba la cuenta. En la tarde, en un arranque de optimismo, el abuelo apostó las tres cuartas partes del dinero que le quedaba. Lo hizo a la combinación *Gato bajo la Lluvia - Anne Moore*. Un corpulento

de la línea lo recibió en su constancia exasperante. Fue al closet y revolvió cajas hasta encontrar un destehido vestido de flores. Lo olió profundamente, lo dejó caer sobre la cama. Se quitó el pijama y los calzoncillos. Se vistió con el vestido de flores y se miró en el espejo del tocador. Imaginó una trenza negra sobre su

victoria cuando *Cabrera Infante e Hiroshima* hicieron el 1-2, a pesar de que los otros apostadores negaban con la cabeza ante la extraña carrera. *Lapislazuli* arrojó a su jinete al suelo y *Medias de Seda* —el favorito de los especialistas— se había detenido en mitad de la pista, negándose a mover un músculo más. Doble orgullo para el viejo. La victoria de los caballos y su victoria por

**Fabián Mauricio  
Martínez G.  
1980**

El anciano llegó con la revista debajo del brazo. Llevaba los nombres de los posibles ganadores relampagueándole en el sistema nervioso. Antes de su primera apuesta ordenó cerveza. Poco a

poco, fue quietando su mente atribulada por las combinaciones y felices predicciones hechas en su casa la noche anterior. *Soy un viejo y no puedo dejarme llevar por la emoción de las victorias anticipadas*, se decía a medida que bebía. Con la idea de calentar motores, apostó un par de billetes a una pareja de caballos mediocres. Tal y como lo esperaba no ganó nada, pero entró

en ambiente para la larga jornada que se venía. Al mediar la mañana, achispado por las cervezas y revisando los apuntes en la revista, escogió dos caballos que, según sus estudios, constituían la quintaesencia ganadora de la carrera. *Cabrera Infante* e *Hiroshima*. Dos pura sangre cabalgados por un experto jinete cubano y uno japonés de moderada experiencia. No reprimió el grito de



cobijas y se acostó del lado de la cama donde llamada *Marilyn* y un caballo apodado *Oscar Wao*. Invirtió todo el dinero en esa quintaesencia y se sentó a observar la caída de su pequeño imperio personal. El viejo se retiró del hipódromo con un cuajaron pesado en medio del pecho. Tomó un taxi y no le prestó atención a la conversación del conductor, quien le hablaba de

Marluz solía dormir. Cerró los ojos e imaginó una yegua magnífica, una hembra de crines negras que irrumplía de un salto en la habitación.

caballo negro y una yegua dorada como la cerveza que él bebía. Los dos equinos no eran tan malos corredores como sus jinetes, y en un abrir y cerrar de ojos, el viejo perdió casi todo su dinero. Esperó la próxima carrera, sintiendo que toda su vida se justificaba en ese momento. Consultó la revista desaliñada y en el último minuto, echó al diablo los cálculos e hizo

caso a su corazón que se inclinaba por una yegua llamada *Marilyn* y un caballo apodado *Oscar Wao*. Invirtió todo el dinero en esa quintaesencia y se sentó a observar la caída de su pequeño imperio personal. El viejo se retiró del hipódromo con un cuajaron pesado en medio del pecho. Tomó un taxi y no le prestó atención a la conversación del conductor, quien le hablaba de

Años después, una noche de septiembre, cansada de que las canas le empezaran a ganar la partida a

mientras los caballos se les metían piel adentro con vigor. Al poco tiempo se casaron. Lo hicieron en una hacienda a las afueras de la ciudad. Se comprometieron en un extenso potrero, en el que algunos caballos pastaban, mientras espantaban moscas con sus colas.

*No lo necesito*, solía repetirse, y se consolaba con la buena pensión que recibía.

Muchos años atrás, una inolvidable tarde de marzo, el viejo conoció a Marluz en un antiguo hipódromo de la ciudad. Ella llevaba puesto un vestido de flores y el pelo recogido en dos trenzas negras. Se enamoraron mientras los caballos daban vueltas por la pista,